

Desactivar la guerra. Alternativas audaces para consolidar la paz

PAULO ALBERTO GONZÁLEZ CELIS

**Político de la Universidad Nacional de Colombia
y docente de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de
Colombia**

* Este artículo es una versión resumida de *Desactivar la guerra. Alternativas audaces para consolidar la paz* de Natalia Springer, Bogotá, Aguilar, noviembre de 2005, 422 páginas.

“LOS BOMBARDEAREMOS HASTA devolverlos a la Edad de Piedra”. Así, el general de las fuerzas de aire de los Estados Unidos explicó la feroz ofensiva que realizaron sus aviones militares en Vietnam, territorio sobre el que lanzaron cerca de ocho millones de bombas, cuatro veces el total de las utilizadas en la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, los dramas humanos sucedidos en tiempos de guerra no cesan con la finalización de las hostilidades, y las sociedades inmersas en procesos y transiciones tipo posconflicto enfrentan grandes retos y desafíos que deben ser sorteados exitosamente, o de lo contrario es probable que nuevamente se activen los conflictos armados de manera mucho más violenta. En ese sentido, es muy dicente el testimonio anónimo de un soldado que regresa a su aldea después de la guerra: “Volví a Japón de las regiones sureñas el 20 de mayo. Encontré mi casa quemada, mi mujer y mis hijos desaparecidos. Mi poco dinero se fue rápidamente con los altos precios y me convertí en una figura miserable. Nadie me habló con compasión. Al contrario, me miraron con odio. Atormentado y sin trabajo, un demonio se apoderó de mí”¹.

¿Cuál es el papel de lo(a)s politólogo(a)s en una sociedad que presenta tasas anuales entre 3.500 y 4.000 homicidios vinculados a violencia política, un conflicto armado que supera los 40 años y con dramáticos niveles de desigualdad y exclusión social? ¿Cuál debe ser su papel en una sociedad con la crisis humanitaria más aguda del continente y la segunda más grave en el mundo?

En este interesante libro, Springer aborda, no la complicada construcción y negociación de los acuerdos de paz, sino el importante papel de las políticas de Desarme, Desmovilización y Reinserción (DDR) en los acuerdos de paz, porque una política exitosa de DDR, en el marco de adecuados acuerdos de paz, garantiza en el corto y mediano plazo que el conflicto armado no se reactive.

Springer se propone mostrar los enormes desafíos que supone la resolución de conflictos armados, plantear la necesaria y urgente redefinición de los conceptos, los mecanismos y los procesos tradicionales que componen el DDR, y presentar alternativas que enfrenten exitosamente las raíces de los conflictos armados.

Aunque el texto se limita al análisis del desarrollo y las implicaciones del DDR, Springer insiste reiteradamente en que el DDR debe enmarcarse en una política amplia de paz que promueva la transformación social y erradique definitivamente las causas originales del conflicto armado. En ese contexto, el DDR requiere la definición clara de los objetivos (de

1. Springer, Natalia, *Desactivar la guerra. Alternativas audaces para consolidar la paz*, Bogotá, Aguilar, 2005, nota número 105 al final del texto, p. 364.

las operaciones), teniendo en cuenta la coyuntura política específica y la dimensión temporal del DDR; debe contener disposiciones coordinadas en materia política, militar, social, cultural, económica, humanitaria, sanitaria y jurídica; debe establecer el alcance y los límites de la participación de las instituciones estatales, movimientos y organizaciones sociales, comunidad internacional y otros; debe formular adecuadamente los marcos legales formales y de excepción, los procedimientos a seguir, los planes de contingencia, los mecanismos de control, entre otros. Así mismo, el DDR debe estar estrechamente ligado a reformas en los sectores de la seguridad, el sistema de administración de justicia y el mejoramiento de los índices de la seguridad humana².

Para Springer, el DDR se define como un “proceso de doble naturaleza” por cuanto constituye, por un lado, el fundamento de la negociación, y de otro, el factor central para la resolución de un conflicto armado. Una política completa de DDR supone el desmonte tanto de los cuerpos armados como de sus estructuras de patrocinio, financiación y apoyo.

La experiencia indica que, de la política de DDR, los dos primeros componentes cuentan favorablemente con el entusiasmo inicial del proceso; sin embargo, con el último componente no ocurre igual: la reinserción también requiere altos niveles de financiación, y es una etapa de largo plazo, que por lo general se desarrolla en el preciso momento en que se hacen fuertes críticas sobre el proceso en su conjunto.

Además, la autora sostiene que:

Este libro hace un importante énfasis en la reestructuración de las redes sociales a través del fomento de proyectos de autogestión comunitaria que permitan fortalecer estos tejidos y prepararlos desde el principio del proceso. La violencia, la atrocidad y la guerra sólo pueden ser superadas por una sociedad que aprende en conjunto a autogestionarse y a encontrar canales legítimos para la resolución de sus problemas, bajo una visión consensuada de paz.

La sociedad en asamblea es la que debe entender claramente todo aquello a lo que tendrá que renunciar en nombre de una paz que no será instantánea, ni rápida, ni surgirá de una fórmula preestablecida. Se trata de un proceso de transformación y concientización que nunca podrá consolidarse mientras las víctimas sean tratadas con negligencia o continúen viviendo en condiciones de opresión y miseria. Es fundamental

2. Una definición bastante amplia del concepto de *seguridad humana* fue recientemente adoptada por las Naciones Unidas. Ver al respecto UN Commission on Human Security, *Human Security-Now. Final Report of the Commission on Human Security*, Nueva York, mayo de 2003.

que el DDR no sea percibido como un proceso concentrado en unos pocos y del que se benefician exclusivamente aquellos que tomaron las armas³.

Sobre la metodología propuesta por Springer

En el campo de la literatura sobre la resolución de conflictos armados predomina la fuerte tradición de los análisis empíricos (estudios de caso, análisis comparativo de dos o más experiencias, y la sistematización de determinadas variables aplicadas a una gran cantidad de casos).

En la primera parte del libro Springer expone una mirada panorámica de las guerras, desde la Grecia antigua hasta Vietnam, y observa especialmente las formas de DDR. Posteriormente, opta por estudiar en detalle ocho conflictos en varias regiones del mundo (uno en Europa oriental, uno en América central, uno en América del sur, dos en Asia y tres en África), y, cuando la ocasión lo amerita y el tema lo requiere, se refiere a otros conflictos armados haciendo gala de una claridad expositiva verdaderamente notable. Esta forma de abordar el tema, orientada a la crítica de diversos procesos de resolución de conflictos armados, con énfasis en cuestiones específicas, ofrece una metodología más flexible que la tradicional, quizás menos concreta, pero con toda seguridad mucho más enriquecedora.

Visión panorámica de las confrontaciones armadas

En la Grecia antigua, la desmovilización de los ejércitos no constituía mayor problema, pues los combatientes eran ciudadanos comunes y, después de las hostilidades, sencillamente regresaban a sus hogares y a sus oficios corrientes. A partir de las guerras del Peloponeso (431 a 411 a. C.), en las que Atenas y Esparta, las principales ciudades-estado, disputaban la hegemonía griega, se efectúan con mayor frecuencia los ataques a la población civil, el estímulo a las rebeliones internas en el país enemigo, y surge una amplia variedad de grupos asociados al oficio de las armas: mercenarios, paramilitares y soldados profesionales.

En Roma, los militares constituyen una clase social privilegiada, propietarios de grandes extensiones de tierra. Pero la expansión del territorio, en los tiempos del imperio, obliga a aceptar el ingreso de las clases populares a los cuerpos armados. Los veteranos de guerra eran desmovilizados dándoles tierras, las cuales se conseguían con la expansión del imperio.

Durante la Edad Media, los ejércitos se profesionalizaron (aunque buena parte de ellos estaba conformada por mercenarios) y eran relativamente pequeños, pues no superaban los 200.000 hombres.

3. Springer, Natalia, óp. cit., p. 68.

En la Edad Moderna, como consecuencia de la Revolución Industrial y la creciente importancia del nacionalismo como factor determinante en los conflictos, la guerra deja ser tarea de especialistas y se convierte en un fenómeno de masas, como lo demostró la organización y composición del ejército francés bajo el mando de Napoleón Bonaparte, con el que emprendió la defensa y la expansión de la Revolución Francesa⁴ contra las monarquías absolutistas del resto de Europa.

Las guerras del siglo XX se caracterizan por las aterradoras cantidades de pérdidas en vidas humanas y la enorme destrucción material, debido a los medios masivos de ataque posibles por la producción industrial. Los ejércitos de entonces alcanzaron proporciones nunca antes registradas en la historia y, al mismo tiempo, se vuelven más complejas sus funciones; también se incrementaron los ataques a la población civil, y los territorios arrasados, y a las numerosas víctimas se sumaron los mutilados y las enfermedades de salud mental, especialmente los casos de trastornos por estrés posttraumático. De esta manera, las dos guerras mundiales y las que les siguieron demostraron que, pese a los altos desarrollos tecnológicos, la guerra es una empresa, y quizás sea la única empresa, que no cesa su demanda de carne humana.

Las características bélicas de las “nuevas guerras”

Recordando a Clausewitz, la autora sostiene que la conducción de la guerra está determinada por la naturaleza y las condiciones de cada sociedad, según la época. En ese sentido, lo que cambia son las formas de organización de la violencia, es decir, la forma como se organizan los grupos armados.

A partir de los estudios de Mary Kaldor, se observan al menos tres innovaciones en las formas de organización de la violencia respecto a las dos guerras mundiales: 1. grupos armados descentralizados (cuentan con mayor autonomía); 2. la movilidad y el control del territorio están asociados al control ejercido sobre la población y los recursos que permiten

4. Del mantenimiento de las tropas francesas en otras latitudes bajo las órdenes de Napoleón, podemos deducir dos formas perversas de evitar los costos de implementar políticas de DDR. La primera, *prolongar innecesariamente la guerra y el mantenimiento de los cuerpos armados*: pese a la evidencia de victoria o derrota militar, se insiste en la permanencia de los cuerpos armados hasta que la violencia típica del periodo posconflicto, o la violencia en descenso, los elimine o reduzca a niveles mínimos o tolerables. La segunda, para reducir las demandas y las expectativas de DDR, *eliminar a altos mandos y líderes*, de manera que los soldados restantes se desorganicen y disuelvan. Es necesario aclarar que ambas formas pueden ser altamente contraproducentes.

financiar las operaciones bélicas; y 3. la creciente participación de civiles en las estructuras de soporte de los grupos armados.

Si se aceptan las premisas de Kaldor según las cuales las formas de organización de la violencia han venido cambiando, y ese es uno de los importantes aportes de Springer, también deben implementarse los cambios necesarios en las políticas del DDR con el propósito de desactivar la guerra. En otras palabras, la forma de concebir el DDR también debe responder a la situación y a los cambios en las formas de organización de la violencia.

Sin embargo, la tercera innovación señalada por Kaldor, la creciente participación de civiles en las estructuras de los grupos armados, así solo sea como soporte, debe someterse a un análisis mucho más cuidadoso. La argumentación de esta idea radica en la evidencia aportada por las experiencias de las “Rondas Campesinas” en Perú, las “Patrullas de Autodefensa Campesina” en Guatemala y las “Unidades de Autodefensa” en Suráfrica, todos ellos cuerpos armados con importante participación de civiles. No obstante, ideas como estas abren la puerta a graves consecuencias, porque los grupos armados encuentran allí una justificación para convertir automáticamente a la inerte población civil en objetivo militar. Aquí habría que añadir que igualmente se han incrementado las iniciativas ciudadanas orientadas en dirección contraria, es decir, la existencia de una amplia gama de movimientos y organizaciones sociales y académicas en contra de la guerra, que promueven e impulsan valientemente diversos esfuerzos por alcanzar la paz en medio del fuego cruzado, la guerra sucia y los permanentes escalamientos en las confrontaciones armadas, en las cuales, estigmatizados injustificadamente por los distintos grupos armados, también ponen su cuota de sangre.

En todo caso, si se aceptara la tercera premisa de Kaldor, esta se explicaría al menos por dos circunstancias: 1. la violencia es un fenómeno de tal magnitud que no encuentra mayores obstáculos que le impidan expandirse, y 2. debido a lo anterior, los actuales instrumentos de protección a la población civil en tiempos de guerra, como el Derecho Internacional Humanitario, resultan insuficientes y, en consecuencia, debería proponerse su urgente fortalecimiento.

Más adelante, casi al final del texto, Springer sostiene que el fenómeno de las “nuevas guerras” responde a la conocida idea de la crisis del Estado-nación:

El surgimiento de lo que aquí hemos llamado las ‘nuevas guerras’ está íntimamente asociado con la crisis del proyecto de Estado. En otras palabras, estas ‘nuevas guerras’ no son ‘nuevas’ por la ferocidad de los métodos de combate, ni por la procedencia, ilegal o no, de los recursos que las financian. Son nuevas porque son el resultado y el reflejo de la crisis

sufrida por este modelo de organización social. Son el reflejo de la gran crisis de los proyectos de Estado-nación en estos contextos específicos⁵.

No obstante, tal explicación no deja de ser polémica debido a que en algunas regiones del mundo el modelo europeo del Estado-nación (cuya aparición data del siglo XV, de la mano de Maquiavelo), aunque se logró imponer con ciertas adaptaciones, siempre enfrentó grandes dificultades para el desarrollo institucional, mientras que en otras regiones nunca pudo consolidarse plenamente.

Implementación de las políticas de DDR

En cuanto a la implementación de la política de DDR, esta enfrenta directamente la desconfianza existente entre las partes antagonicas. Para superar tal obstáculo, suele llamarse a un tercer actor (generalmente uno o varios Estados, u organizaciones internacionales) reconocido por las partes enfrentadas y con la capacidad suficiente para disuadir o dar firmeza a los acuerdos, según lo requieran las circunstancias. El tercero debe exigir, para su participación, unas condiciones mínimas: transparencia, y bases jurídicas y acuerdos sólidos. Además debe definir claramente las metas y comprometerse a fondo con el proceso.

Springer agrupa las operaciones de DDR en cuatro conjuntos (aunque es posible que la gama de operaciones se amplíe en beneficio de las especificidades, contextos y necesidades de las respectivas sociedades): operaciones locales de DDR sin asistencia internacional, operaciones locales de DDR con acuerdos bilaterales que permiten la asistencia internacional, operaciones regionales de DDR con base en acuerdo multilateral, y operación multinacional de paz liderada por Naciones Unidas.

Es común encontrar que la participación o la intervención de la asistencia internacional en la resolución de conflictos armados dependa de, o sea precedida por, el visto bueno de las partes en conflicto. Pero también cada vez hay más evidencias de intervenciones de organismos internacionales (regionales o multinacionales) en conflictos armados con profundas crisis humanitarias o con la amenaza de genocidio. Estas intervenciones están respaldadas por acuerdos multilaterales que no necesariamente incluyen a las partes en conflicto.

Al respecto, Springer afirma:

Según las disposiciones actuales, sólo el Consejo de Seguridad de la ONU, actuando bajo el Capítulo VII de la Carta, puede autorizar una intervención sin el consentimiento de un Estado soberano, si se considera que una situación determinada constituye una amenaza para la paz y la

5. Springer, óp. cit., p. 334.

seguridad internacional. No obstante, la experiencia ha mostrado que hay muchos factores políticos y económicos, e influencias de todo tipo, que pueden disuadir o convencer a las Naciones Unidas de autorizar una operación de esta naturaleza⁶.

En todo caso, pese a los múltiples factores que entran en juego, en tiempos recientes, el envío de cascos azules a zonas de conflicto es una práctica cada vez más frecuente. Otra práctica de Naciones Unidas cuyo uso crece es la de autorizar o respaldar la intervención de misiones de paz lideradas por organizaciones internacionales de índole regional.

A partir del Informe Brahimi, presentado en el año 2000, se sugiere que “Naciones Unidas no deben ni pueden comprometerse en operaciones donde los requisitos esenciales para el éxito no estén dados (una fuerza robusta, un mandato claro, creíble y viable, y un liderazgo capaz)”⁷.

Pese a los fracasos que ha presenciado el Sistema de Naciones Unidas, sus misiones en general han tenido impactos positivos y desempeños aceptables. En el interior de Naciones Unidas continúan los intensos debates: los países que aportan en la composición de los cuerpos de paz aspiran, contra todo pronóstico, a misiones de corta duración; las complejas discusiones sobre la naturaleza y viabilidad de las operaciones de paz⁸; las inmensas dificultades que se presentan en importantes temas como la reconstrucción o la administración de países en posconflicto; los numerosos conflictos de intereses entre las propias agencias del sistema; y la acuciante falta de coordinación en el desarrollo de las misiones. Todos estos problemas se agigantan por la creciente complejización de los conflictos armados.

Springer nos recuerda que la presión internacional orientada a forzar acuerdos de paz puede ser una contribución destacable, pero no constituye una garantía suficiente. Además, los procesos de paz forzados están condenados al fracaso. En este campo, la teoría sobre resolución de conflictos armados sostiene que la participación de la comunidad internacional, especialmente la de los países hegemónicos (a nivel regional o mundial), es decisiva, aunque tal idea no resuelve mucho por cuanto la política es esencialmente dinámica, y las hegemonías se construyen y destruyen permanentemente. Así, por ejemplo, en América Latina even-

6. Ídem, p. 96.

7. Ídem, p. 98.

8. A grandes rasgos, el debate consiste en la decisión y viabilidad de intervenir, sin el consentimiento de las partes enfrentadas, para evitar masacres, genocidios, crisis humanitarias, entre otros, sometiendo a los cascos azules al fuego cruzado, o intervenir solamente cuando se avizoren posibilidades sólidas de paz.

tualmente estaríamos transitando hacia dos tipos de hegemonías opuestas políticamente: una consolidada, la de EE.UU, y la segunda en construcción, la de Venezuela. Cabe entonces preguntarse: ¿Cuáles podrían ser las consecuencias para el conflicto armado colombiano de la probable consolidación de Venezuela como polo hegemónico regional?

En este aspecto, sobresale la ausencia, no comentada por Springer, de un organismo regional de similares características en América Latina, cuyo eventual desarrollo podría generar impactos positivos en la resolución del conflicto en Colombia. En el caso de Bosnia, en Europa oriental, luego de muchas vacilaciones, la OTAN intervino militarmente. Pero la OTAN es una organización militar creada en el contexto de la guerra fría y, además, la influencia de EE.UU es definitiva. También por esta razón se explica por qué posteriormente la OTAN delegó en la Unión Europea (Eufor) la pacificación de un conflicto generado en el propio territorio europeo. Por otro lado, la Organización de la Unión Africana (OUA) ha desempeñado importantes papeles en la resolución de algunos conflictos armados de su región. El caso contrario es el ocurrido en América central y el que sucede actualmente en Colombia, en cuyas experiencias el papel de la OEA ha sido bastante limitado. Esto conduciría a estudiar cuatro posibilidades: primera, plantear serias reformas en la OEA, para disminuir la fuerte influencia de EE.UU y fortalecer los intereses del conjunto de los países de la región; segunda, crear una organización regional cuyas decisiones respondan a los intereses de América Latina y reduzca al mínimo la influencia de EE.UU; tercera, proponer que los organismos regionales que trabajan en la integración económica (por ejemplo, Mercosur) amplíen su campo de acción hacia los intereses políticos del conjunto de la región; y cuarta, fortalecer los organismos regionales en donde se discuten temas políticos de interés regional (Parlamento Andino, el olvidado Grupo Contadora, entre otros).

Los conceptos y criterios clásicos de las políticas de DDR

En esta materia, Springer propone revisar y redefinir las concepciones tradicionales y todavía no superadas de Desarme, Desmovilización y Reinserción.

Sobre el primer componente, la autora afirma:

(la) definición clásica supone que el desarme es reductible a los

límites de un procedimiento estrictamente técnico militar, que el volumen más importante de armamento está en manos de los grupos armados, que

la entrega de armas por parte de estos combatientes es el indicador más

crítico para evaluar la situación de seguridad y que el acantonamiento y

la concentración de los combatientes en zonas especiales es un requisito

ineludible. De igual manera, supone que si la población civil porta armas

de forma semiorganizada, esto no constituye un objetivo prioritario

dentro de las operaciones de DDR. (...) La pacificación será breve si se

basa exclusivamente en la recolección de las armas de los combatientes, que son reemplazables fácilmente, mientras no se desarrollen serios esfuerzos por desactivar las estructuras militares y las cadenas de mando, las estructuras civiles que los apoyaron, y otros factores que alimentan las dinámicas de la violencia⁹.

El diseño de una política amplia y renovada de desarme contiene aspectos como la identificación del número de actores en el conflicto, el número de combatientes, los tipos de armamento, las bases de apoyo civiles, estrategias de combate utilizadas por cada grupo, la logística del tráfico de recursos (armas, transporte y financiación), destrucción rápida y pública del armamento recogido, así como debe tener en cuenta la participación de agencias y organismos especializados interesados en cooperar y proyectar la expectativa y las metas de éxito.

No realizar el desarme abre las posibilidades para que los antiguos combatientes se transformen en delincuencia común, o continúen su fortalecimiento atribuyéndose funciones de seguridad y justicia (funciones que le competen exclusivamente al Estado) por medio de la coerción y la intimidación.

En cuanto a la Desmovilización, Springer comenta:

Como procedimiento, la desmovilización ha estado íntimamente asociada con el acantonamiento y la concentración de los grupos armados/milicias en áreas seguras. El acantonamiento es entendido como un mecanismo para la recolección y el control del equipo. Usado de manera amplia, 'incluye el ensamblaje y campamento en áreas donde el control es voluntario'. Generalmente, se entiende que 'la finalidad es, en muchas ocasiones, la reestructuración de estas fuerzas de acuerdo con las provisiones negociadas en los acuerdos de paz'.

Estas definiciones, aunque no son formales, entienden el acantonamiento como un paso ineludible en el proceso de desmovilización, supuesto que, a su vez, se fundamenta en la creencia de que los grupos armados o las milicias funcionan como unidades monolíticas, similares a las fuerzas armadas tradicionales, dentro de estructuras piramidales rígidas y, por lo tanto, que los desmovilizados son fieles y seguirán los dictados de los comandantes sin mayores cuestionamientos.

Los acercamientos más comunes al tema de la desmovilización también hacen caso omiso de los asuntos relacionados con las familias y los dependientes (usualmente un incentivo muy poderoso para dejar las armas) y eluden, dentro de lo que se entiende como la 'orientación vocacional', la evaluación superficial de toda suerte de riesgos, siendo los más notables aquellos asociados con el estatus jurídico y las condiciones

9. Springer, óp. cit., pp. 117 y 118.

psicológicas y sanitarias de los individuos desmovilizados, y el impacto que su condición puede tener en fases posteriores a la reintegración¹⁰.

Así mismo, en una política completa de DDR, se requiere la formulación de programas de desmovilización con enfoque de discriminación positiva para los sectores de la población desmovilizada más vulnerables o especiales, con atención médica y psicológica tanto a víctimas y victimarios (en estos últimos son numerosos los casos de trastornos de estrés postraumático) como a sus familiares y dependientes. Al respecto Springer agrega que:

Para el diseño de la estrategia general es indispensable hacer una identificación precisa de los grupos de riesgo que merecen tratamiento especial debido a sus necesidades particulares. En muchos casos, sin embargo, la política de reinserción no considera grupos como los heridos y las mujeres combatientes, las viudas o los dependientes, incluso los niños soldados, una prioridad que determina la creación de líneas de atención especiales. La visión sigue siendo la de los ejércitos jerárquicamente organizados, preponderantemente compuesta por hombres adultos. Para llevar a cabo la correcta identificación de todos estos grupos es necesaria la creación de una base de datos que especifique los detalles de los perfiles de cada candidato¹¹.

Y sobre el último componente del DDR, Springer plantea que no se trata de “rescatar” para la civilidad a los combatientes (reinserción), sino de *reintegrar* el conjunto de la sociedad que ha visto tejidos sociales descompuestos y economías destrozadas.

En ese sentido, la autora afirma:

Por lo general, la reintegración se define como ‘el proceso mediante el cual los ex combatientes adquieren un estatus civil y acceden a formas civiles de empleo e ingresos’. También se habla de la reintegración como ‘el regreso a la vida civil o la afiliación a las fuerzas de seguridad (re)formadas; un proceso por medio del cual el ex combatiente y sus familiares son reintegrados a la vida normal y pacífica’.

(...) Aunque estas definiciones aciertan al señalar diversos aspectos del proceso, hacen caso omiso de buena parte de las razones que hacen de ésta la fase más delicada y riesgosa de toda la operación de DDR. Se supone, por ejemplo, que la reintegración cuenta con el mismo apoyo financiero y logístico de las fases de desarme y desmovilización; que

10. Ídem, pp. 153 y 154.

11. Ídem, p. 165.

la integración social del combatiente individual es el indicador más importante de éxito o de riesgo (más o menos uniforme) y que un paquete atractivo de incentivos es un argumento suficiente para desvincularlo de la violencia armada.

El combatiente –y en el mejor de los escenarios sus dependientes y familiares–, representa el marco de referencia de la reinserción, pero se olvida que en el ejercicio de la violencia también han participado comunidades, redes de civiles armados, milicias, redes de delincuentes, etc. Las fórmulas tradicionales de reinserción no se ocupan de analizar el papel de estos grupos o su impacto en el proceso.

(...) Cuando termina el proceso de desarme (generalmente con resultados muy pobres) y de desmovilización, lo único que puede decirse es que tenemos un cese al fuego en una sociedad mucho más fragmentada y dividida que la existente al inicio de la guerra.

Si hablamos de reintegración posconflicto, debemos aceptar que estamos tratando con una sociedad desintegrada. Ahora, en el caso de un conflicto armado interno, vale la pena preguntarse: ¿Cuáles son las causas de esa desintegración? ¿Por qué tantos individuos se desintegraron de sus tejidos sociales originarios y se desvincularon del pacto de convivencia mediante un acto tan radical como el de la toma de las armas?

(...) Si suponemos que no fue el individuo el que se desintegró, sino la sociedad la que se descompuso y que la paz es un convenio en el que esta sociedad decide ponerse de acuerdo para reconstituirse como colectivo en condición de iguales en derechos y responsabilidades, entonces debemos aceptar que la reinserción no es más que una dimensión dentro de un proceso más amplio de rehabilitación, readaptación, transformación y restauración social y que, dentro de los límites de sus competencias, debe contribuir en la atención a las causas de la violencia estructural tanto como a sus consecuencias¹².

Y aquí viene un punto polémico sobre la magnitud de los recursos necesarios para la implementación de una política completa de DDR. Springer sostiene que:

Las estructuras locales cuentan con la enorme ventaja de tener niveles de compromiso personal y estar preparadas para acompañar el proceso a largo plazo durante la extensa fase de reintegración. Independientemente de lo que hasta ahora se argumenta, este documento parte de la convicción de que no es necesario involucrar el desembolso de sumas de dinero exorbitantes para obtener resultados satisfactorios¹³.

12. Ídem, pp. 245-247.

13. Ídem, p. 253.

No se duda de la primera parte del planteamiento, en donde resalta la necesidad de participación de las comunidades. Pero en cuanto a la segunda parte, es extraño que Springer lo afirme, pues a lo largo de todo el texto insiste en que uno de los más graves problemas que enfrentan las operaciones de DDR es la falta de recursos disponibles (donantes que ofrecen cantidades de recursos que en la práctica no disponen, entre otros). La experiencia muestra algunos casos en los que se invirtieron grandes cantidades de dinero en medio de la desorganización, de lo cual la autora deduce que no se requiere mucho dinero, y sí más organización. Sin embargo, lo que queda claro es que el DDR es una apuesta por la paz del conjunto de la sociedad y, sobre todo, que la paz cuesta y ese costo es elevado. Para una política completa de DDR son indispensables tanto cuantiosos recursos como mucha organización.

Por supuesto que una organización adecuada y la participación activa de las comunidades contribuyen a ahorrar gastos, pero, como afirma Springer, en materia de DDR no hay fórmulas mágicas que garanticen el éxito, y muchos programas requieren ajustes progresivos, ajustes que generalmente ocasionan gastos adicionales.

Lección final

El libro, que no deja de ser polémico, constituye un valioso esfuerzo y, sin duda, contribuye inmensamente a la socialización y a la discusión pública de las lecciones que las experiencias internacionales sobre resolución de conflictos armados ofrecen a la sociedad y a los gobernantes colombianos. Y, con toda la razón, Springer recomienda tener en cuenta la creciente experiencia internacional en resolución de conflictos armados. Optar por la dirección contraria, es decir, si la sociedad y los gobernantes colombianos siguen siendo ciegos, sordos y parroquiales, puede ocasionar que intentemos equivocadamente resolver nuestro conflicto armado con los criterios y las políticas de DDR típicos de mediados del siglo pasado (Segunda Guerra Mundial), desconociendo los grandes avances en esta materia.

Desconocer la experiencia internacional puede conducir a que la confrontación bélica no se desactive, sino todo lo contrario, solamente se interrumpa por un lapso de tiempo impredecible.

FECHA DE RECEPCIÓN: 14 / 08 / 2006
FECHA DE APROBACIÓN: 10 / 10 / 2006